

¡QUE LÁSTIMA!

Por *Ana Caldwell*

- ¡ OH, MAMA se me ocurre una gran idea! -exclamó Carmen entrando un día en la casa después de la escuela.

-¿Cuál es, querida? -sonrió la madre mirándola con una sonrisa.

-Quiero llevar a Chico a la escuela -replicó Carmen y se encaminó a la jaula donde su cotorrita estaba meciéndose en la hamaca-. Chico puede hablar tan lindo que deseo que los niños vean lo que es capaz de hacer.

-¡Oh, no, querida! Me parece que eso no sería prudente. Chico podría salirse de la jaula y volarse. Entonces, ¿qué harías?

-¡Oh, mamá! -y Carmen se puso seria-. No se volará. Lo tendré dentro de la jaula y estará completamente seguro.

Dime que sí, mamá.

-Ahora, Carmen, no insistas. Chico no es más que un pajarito. Tú nunca puedes saber lo que un pajarito hará. No, no debes llevar a Chico a la escuela. Ahora tengo que preparar la cena. Por favor, cuídame por un rato a Danielito.

Carmen fue a jugar con su hermanito. Le cantó algunos de los cantos que había aprendido en la escuela. Danielito se rió y batió las manos como lo hacía su hermana. Después de un rato, Danielito decidió ir a jugar con los bloques que tenía en un rincón del patio.

Carmen se sentó en los escalones del porche, y comenzó a pensar. No era justo que su mamá no le permitiera llevar a la escuela su cotorrita. Además, le había prometido a sus compañeritos del grado que la llevaría. Y ahora tendría que faltar a su promesa. ¿Cómo podía ser que la madre fuera tan desconsiderada? Los demás niños no le creerían más lo que ella decía. ¿Qué podría hacer?

Una vocecita le dijo: "Tú sabes que mamá tiene razón. No debieras haber prometido llevar a Chico a la escuela sin antes preguntárselo".

Pero Carmen no deseaba escuchar esa vocecita. Entró en la casa para conversar con Chico.

-Hola -dijo Chico cuando Carmen lo llamó por nombre-. Me llamo Chico. Soy un pajarito lindo.

Cuidadosamente, como su madre le había enseñado, Carmen metió la mano en la jaula, y el pajarito se le subió al dedo. Conversaron juntos por unos momentos y luego, lentamente, ella procuró ponerlo de vuelta en la jaula.

Chico se le subió por el brazo hasta el hombro, y luego voló por la habitación. No quería volver a la jaula.

Carmen se alarmó, pero, afortunadamente, no había ventanas abiertas. Se quedó muy quieta, y finalmente el pájaro voló hacia ella y se le posó en el dedo, y ella lo puso de vuelta en la jaula.

Cuando Carmen se dio vuelta, vio que la madre estaba en la puerta.

-¿Ves? -dijo la mamá-. A Chico no le cuesta nada escaparse.

Carmen sabía que la mamá tenía razón, pero todavía quería llevar el pájaro a la escuela.

A la mañana siguiente la mamá ayudó al papá a alistarse para ir al trabajo, y preparó el desayuno de Carmen. Cuando Carmen estaba terminando de desayunar, Danielito comenzó a llorar en su cuarto.

-Anda a la escuela, querida -dijo la mamá cuando salió para atender a Daniel-. El ómnibus no tardará en llegar. Que tengas un buen día.

Tan pronto como la madre entró en el cuarto de Danielito, Carmen fue a la sala donde estaba la jaula de Chico y la descolgó. La jaula todavía estaba cubierta. Tomó su caja de merienda y se apresuró a salir para tomar el ómnibus que ya se acercaba por la calle.

Era difícil llevar la jaula, pero Miguel también corría para alcanzar el ómnibus y, para ayudarla, él le llevó la caja de la merienda.

-¿Por qué llevas tu pajarito a la escuela? -preguntó Miguel.



-Quiero mostrarlo a los demás chicos -replicó Carmen-. Es un pajarito muy inteligente.

-¿No tienes miedo de que se te escape? -insistió Miguel.

-¡No! -dijo Carmen pero se sintió un poco incómoda por la sugerión-. Ya te dije que es un pajarito muy inteligente.

Finalmente llegaron a la escuela, y Carmen, muy orgullosa, llevó la jaula con su pajarito y la colocó sobre una mesa que estaba cerca del frente del aula. Cuando llegó el momento de compartir lo que habían traído, ella tuvo la oportunidad de mostrar a la clase lo que su pajarito podía hacer. Chico actuó muy bien. Repitió todas las cosas que había aprendido. Carmen estaba orgullosa y se sentía feliz.

-ESe te sube al dedo si se lo acercas? -preguntó alguien.

-¡Oh, sí! Es muy mansito -respondió Carmen, y sin detenerse a pensar, abrió la jaula para que la cotorrita se le subiera al dedo. Pero en un abrir y cerrar de ojos, Chico se le trepó al hombro. Luego se echó a volar por el cuarto. Y antes de que nadie se diera cuenta, salió volando por la ventana que estaba abierta.

-¡Chico, vuelve, Chico! -gritó Carmen y se dirigió apresuradamente hacia la puerta de la habitación. El pajarito voló hasta un árbol alto. Carmen lo llamó y lo llamó, pero él no regresó.

Esa tarde Carmen muy triste y muy seria recorrió en ómnibus lo que le pareció un camino interminable para llegar a su casa. ¡Cuánto deseaba haber obedecido a su madre! Ahora, en lugar de un bonito pájaro, sólo le quedaba una jaula vacía.

¡QUÉ LÍO!

“El que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió”.

Joaquín y Jonatán caminaban por la calle, deteniéndose en una casa para entregar unos volantes invitando a la gente a asistir a un evento organizado por la iglesia. Los dos chicos estaban felices de poder ayudar, pero no siempre era fácil. Algunas personas los trataban mal; a veces, hasta les cerraban la puerta en la cara.

Mira eso -dijo Jonatán, señalando calle abajo.

Papel higiénico cubría una de las casas. Los árboles, el jardín delantero y los arbustos, todo era una gran maraña de papel higiénico. Había papel por todas partes.

-¡Qué groseros! No entiendo por qué algunos piensan que es divertido hacerles eso a otros.

Joaquín asintió.

Al acercarse a esa casa, vieron a una mujer tratando de limpiar el lugar.

¿Paramos? -preguntó Jonatán-. No creo que esté de buen humor. Después de discutirlo, decidieron hablar con la señora. Sintiendo un poco nerviosos, se acercaron a la mujer.

Disculpe. Somos estudiantes, y estamos entregando estas invitaciones para unas reuniones. Nos gustaría invitarla a asistir.

-No, gracias -respondió ella, con seriedad.

Los dos amigos se dieron vuelta y siguieron su camino. Pero, algo los detuvo.

Les dije que no estoy interesada -les dijo la señora cuando vio que los chicos se le acercaban nuevamente.

Lamento molestarla -dijo Jonatán-, pero me preguntaba si podríamos ayudarla a limpiar.

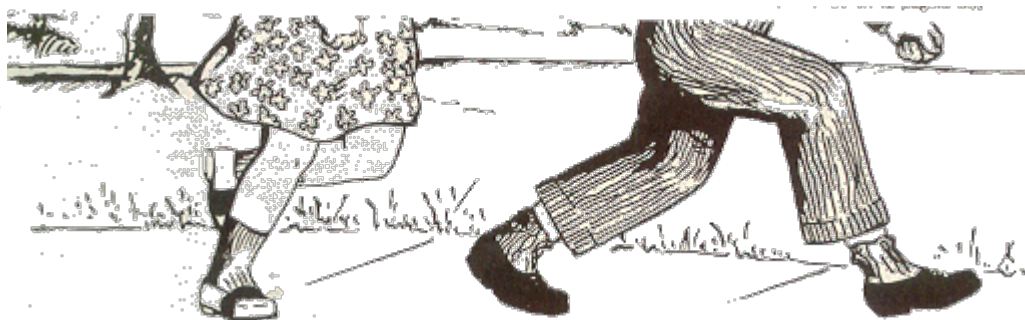
La mujer pareció sorprenderse, pero aceptó de buena gana su ayuda. Los chicos se subieron a los árboles y quitaron el papel higiénico. Y, mientras lo hacían, no pudieron evitar ver la sonrisa en el rostro de la mujer

Por Helen Lee Robinson

¿QUE REVELAN TUS HUELLAS?

Por **Jacqueline Rowsand**

¿HAS procurado alguna vez descubrir el nombre de animales o de aves observando las huellas que dejaron al pasar por un sendero arenoso? Si conoces bien los animales de la zona donde vives, no te costará mucho reconocer sus huellas: cada animal o ave deja una distinta.



Tal vez te encuentres con las huellas entrecruzadas de una codorniz acompañada por su pollada. Observa que los polluelos siguen siempre a la madre formando una línea recta. ¿Y esa línea sólida y tortuosa que se advierte en la arena? Puede tratarse del rastro que dejó, al pasar, una serpiente. Esta no tiene pies, de modo que se desliza sobre el vientre. ¿Notas ahora esa huella partida por el medio? Lo más probable es que sea la que dejaron los cascos afilados de un cervatillo. ¿Verdad que es interesante convertirse en detective de animales?

Si nos internamos más en el bosque, no sería raro que descubriéramos las profundas huellas del oso, corpulento y gruñón, las huellas del tejón, las de la zarigüeya, y tal vez hasta tendríamos la suerte de ver las de un jaguar. Si aparecieran las huellas de un mapache, tal vez nos conducirían a un arroyuelo donde ha ido a lavar su alimento antes de comerlo.

Así como las huellas de los animales nos revelan muchas de sus costumbres y características, así también las impresiones que, al pasar por la vida dejamos en otros, hablan de nuestro carácter. El poeta Longfellow dijo que nuestras vidas son como "pisadas en las arenas del tiempo". Y eso es muy cierto. Las impresiones que vamos dejando dan una idea de la clase de personas que somos. ¿Somos gruñones, amigables, tímidos, descuidados, bondadosos, generosos o mezquinos? Los demás no tardarán en descubrirlo. Echemos una mirada a las huellas o impresiones que dejaron diferentes muchachos y chicas.

Aquí vemos unas huellas que parecen indicar que la persona pasó corriendo. Y probablemente fue así, porque las huellas que dejó son muy borrosas. Son las de Catalina la precipitada. Ella necesitaría aminorar el paso. Si anda siempre a la carrera, no le quedará tiempo para pensar, y a menudo se olvidará de las cosas que debe hacer. Por ejemplo, a veces sale de la casa tan deprisa que se olvida de cosas importantes, como un libro, una tarea escolar, una nota que la madre le dejó, y hasta se olvida de su abrigo. Esa clase de olvidos a menudo significa trabajo adicional para la madre. ¡Qué lástima que Catalina sea tan atropellada! Algún día tendrá que sosegar y volverse más reflexiva.

Aquí hay otras pisadas. Son las de Enrique. Por lo que podemos observar, caminaba detrás de un grupo de compañeros de clase. Y, accidentalmente, por supuesto, pisó a alguien. La verdad es que Enrique no sabe llevar el paso con nadie. Nunca camina junto a un amigo. No tiene muchos.

"Todos me molestan -se queja Enrique-. Todos me empujan, así que yo me alejo de ellos, y me defiendo. Yo no tengo la culpa". Enrique siempre piensa que él no tiene la culpa de lo que le pasa. Es una lástima que no pueda llevar el paso con nadie. En esa forma está perdiendo mucho del gozo del vivir.

¡Mira estas huellas! Son las de Clara, la calculadora. Clara se fija muy bien en la clase de amigos que elige. Procura que sean de la clase de los que fomentan su propia popularidad. Evita a las personas tímidas o impopulares. Esas no le interesan en lo más mínimo. Clara es muy amable con su maestra y con su muy selecto grupo de amigos. Pero sigamos un poco más sus huellas. Ahora llega a la casa. Cuando entra, lo hace dando portazos, es descortés con los demás miembros de la familia, y si alguien la contraría, se pone frenética. De repente vemos una tremenda huella. Seguramente que la mamá le pidió

que limpiara su cuarto, y ella golpeó el piso con el pie para mostrar su disgusto. ¿Acaso Clara triunfará en la vida, aparentando ser algo que realmente no es? Clara necesita un cambio de corazón.

Aquí llegamos a las últimas huellas que hay en el sendero. Estamos seguros de que son las de Federico. ¿Por qué? A su lado se ven las huellas de alguien que al parecer es muy tímido. Es que Federico trata de asociarse siempre con personas que necesitan amigos y que se sienten muy solas. Eso no quita que Federico sea amigo de todo el mundo. Seguimos las huellas y llegamos al hogar de Federico. El nuevo amigo que lo ha visitado nota que Federico es tan bueno con su madre como lo es con su maestra. Cuando sonrío, lo hace de todo corazón y no para obtener favores. La razón de esa actitud es que el corazón de Federico está a tono con el de su Modelo, Jesús. Si sigues sus huellas, probablemente te conducirán a la iglesia.

Así como los animales dejan huellas por las cuales se los reconoce, también los muchachos y las niñas dejan impresiones que revelan su carácter. Recordemos eso y tengamos cuidado de la clase de huellas que vamos dejando.

“QUERIDA NANCY”

La carta provenía de Gran Bretaña, dirigida a Nancy Feldman, de los Estados Unidos. El problema era que la persona que envió la carta no conocía la dirección completa de Nancy. Había escrito el estado (Maryland), pero la ciudad estaba equivocada y, en lugar de poner el nombre de la calle, simplemente escribió: “Casa grande, vieja (histórica), detrás de la torre de agua, con un cerco para caballos alrededor”.

Los empleados del correo debieron haber quedado perplejos cuando encontraron esa carta. Pero, en lugar de tirarla, se tomaron el tiempo para descubrir dónde debían entregarla. El pequeño mapa que el remitente había dibujado en el sobre quizá los haya ayudado. Y, créanlo o no, la carta llegó hasta el buzón de Nancy Feldman en Spencerville, Maryland.

Las cartas siempre han sido una forma especial de comunicación. Antes de los telégrafos, los teléfonos, los fax y los e-mails, eran el principal medio de conectarse con gente que vivía lejos.

La Biblia dice: “Ustedes mismos son nuestra carta, escrita en nuestro corazón, conocida y leída por todos. Es evidente que ustedes son una carta de Cristo, expedida por nosotros, escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios viviente; no en tablas de piedra sino en tablas de carne, en los corazones”.

En otras palabras, Dios se comunica con otras personas a través de nosotros. Nuestras palabras y acciones los ayudan a ver su amor. Somos una carta de Cristo al mundo. Ese es un gran honor, ¿no es cierto?

Pidamos al Señor que nos ayude a comunicar un mensaje de amor a quienes nos rodean.

Por Helen Lee Robinson

¿QUIÉN ERA EL CACIQUE?

En las selvas del Perú vivía una tribu de indios salvajes. Adoraban a los ídolos y creían en el hechicero porque no sabían nada de Dios.

Un día llegó a aquella aldea un enfermero misionero para enseñarles de Jesús. Día tras día curaba a los enfermos que acudían a él.

Cuando el hechicero oyó acerca de este enfermero, se enojó y envió este mensaje a su pueblo: “No se acerquen al hombre blanco. Tiene el mal espíritu”.

Esta noticia asustó a los indios. Así que dejaron de ir al misionero.

“¿Qué haré? —Pensó el misionero—. He venido para ayudar a esta gente, pero ellos me tienen miedo”. ¡Tenía que hacer algo! Se arrodilló y pidió a Dios que mostrara a los indios que el hechicero no podía ayudarlos. Pidió que la gente acudiera a la misión para que él pudiera enseñarles acerca del verdadero Dios.

Pocos días después, un cacique indio y su esposa llevaron a su bebé a la casa del misionero. El bebé estaba muy enfermo, tan enfermo que apenas podía respirar.

Cuando el enfermero vio al niño, se dio cuenta de que no había esperanza. La criatura moriría pronto. Así que le dijo al cacique: “Yo no tengo poder para hacer nada por su hijito”. Entonces le habló al cacique acerca del gran Dios del cielo. “Este Dios, a quien amo, puede sanar a su hijito”.

El misionero se arrodilló al lado del indio y su esposa, y oró. Cuando se levantó de sus rodillas, el bebé dormía tranquilamente, y respiraba con naturalidad. Dios había oído su oración.

El cacique y su esposa no quisieron volver a su casa hasta estar seguros de que el bebé estaba sano. Así que el misionero les permitió quedar.

Cada día, el cacique y su esposa observaban al misionero mientras éste trabajaba y se esforzaba por atender al bebé. Y todos los días él les hablaba de Dios.

Después de tres días, el bebé estaba completamente sano. De modo que el cacique indio y su esposa tomaron a su hijito y regresaron a su hogar.

El misionero había notado que el cacique usaba unos adornos especiales. “¿Quién era ese cacique? —Preguntó a uno de sus ayudantes—. ¿Y qué eran esos adornos que usaba?”

“¿No lo sabe usted? —Exclamó el ayudante—. Es el hechicero de esta aldea. Ahora que él ha venido para que Ud. le ayude, los otros indios vendrán también”.

Y eso fue justamente lo que sucedió. El hechicero envió un mensaje a su pueblo: “Hice mal en decirles que no fueran al hombre blanco. Deben ir a él., porque es el único que puede ayudarlos. Su Dios es un Médico maravilloso. Estoy muy agradecido porque este misionero ha venido a nuestro pueblo”.

¿Quién era la Heroína?

Incidente que me fue relatado por la Srta. Amalia Méndez, quien ha hecho de su profesión de enfermera un verdadero apostolado de amor.

Mientras chapoteaba en el agua inmundada que corría por la calle, y daba cada paso con sumo cuidado para no resbalar, pensaba yo: "¡En qué me vine a meter!"

Miré las veredas desiertas. Ni un alma a la vista. Y por la calle, que a esa hora se veía como un río turbio, pasaba roncando uno que otro coche, procurando evitar los baches que se adivinaban bajo los remolinos formados por el agua. Algunos vehículos, al llegar cerca de mí mientras procuraba cruzar la calle, se detenían un instante y, bajo la lluvia que arreciaba, se daban vuelta trabajosamente en busca de otro camino, ya que ese tramo se adivinaba intransitable.

"¿Seré yo la única persona de tan poco juicio que se arriesga a salir a la calle con esta lluvia torrencial y estas descargas eléctricas que me cortan la respiración de miedo?"

Allí estaba, intentando cruzar el torrente que me llegaba casi hasta las rodillas. Pero, cada vez que metía el pie en el agua era tal la fuerza con que ésta corría, que yo no podía guardar el equilibrio. ¡Qué cuadro! En una mano el paraguas, y en otra el estuche de la jeringa hipodérmica y el tensiómetro, recorría una, dos, tres, y más cuerdas, sin encontrar un paso. Y la angustia subía de punto. ¡Tenía que cruzar a cualquier costo! Allí, en la acera del frente, en esa casita humilde me esperaban, y pronto.

Una hora antes, cuando comenzaba a llover -en el ambiente cálido de la cocina estaba a medio saborear el almuerzo-, una llamada angustiosa me hizo correr a la puerta:

-Señorita, por favor venga, que abuelita se descompuso y la llama. Era María Angélica, una niña de familia modesta a quien había ayudado en otras ocasiones.

Mientras me calzaba las botas, me ponía el piloto y descolgaba el paraguas con la mayor rapidez posible, le pregunté:

-¿Qué le pasó?

-No sé, tiene un ataque. Casi no puede hablar, pero en lo poco que se le entiende, oímos que la llamaba a Ud.

-¿No llamaron al médico?

-Sí, papá fue a buscarlo; pero hasta que llegue no sabemos qué hacer.

Me imaginé la escena. Más que caminar corrimos en medio de relámpagos, truenos y goterones.

Pobrecita; con voz entrecortada por el apuro y la aflicción me iba relatando sus momentos de angustia, esos que ocurren en tantos hogares sin que a veces nadie se percate, ni se interese en saber.

Llegamos. La abuelita presentaba un cuadro tal cual me lo temía y suponía. La madre de María Angélica lloraba, esforzándose por dominarse.

Hice lo mejor que pude con la ancianita, calentándole los pies, acomodándola y alentándola hasta donde parecía comprenderme, y mientras esperábamos al médico le tomé la presión arterial, la temperatura y demás.

-¡Qué alivio, llegó el médico! -suspiré.

De un vistazo se dio cuenta de la triste realidad. Le hizo luego una revisión minuciosa y recetó varios medicamentos. Le administró inmediatamente uno que llevaba consigo, y dijo:

-En cuanto consigan la receta le aplican esta inyección.

Dio algunas recomendaciones más, y se fue.

-Voy a buscar una farmacia que esté de turno -dijo el padre de María Angélica.

-Un momento -observé-; esta medicina inyectable la tengo en casa, casualmente. Hasta que la consigan de la farmacia (a esa hora casi todas estaban cerradas) podemos salir del apuro.

-Bueno, está bien -dijo el señor Rodríguez-. Yo corro en busca de alguna farmacia de turno mientras Ud. trae una de su casa, ya que tiene.

-Sí -los tranquilicé-, voy volando en busca de la jeringuilla y el remedio, y vuelvo en seguida.

Salimos. Todavía se podía cruzar la calle, y debía apresurarme antes que se formara el río inmundado.

Las nubes negras parecían tocar la tierra. Por un instante me recorrió el cuerpo un escalofrío que me hizo encoger, pero luego mi pensamiento atravesó las nubes y la tormenta. Sabía que Dios me observaba, y que

él podía protegerme de todo peligro. Para él era tan fácil guardarme en medio de esa tormenta, como todos los días me salva de innumerables daños. El Sr. Rodríguez me ayudó a llegar a la vereda opuesta, y se fue en procura de una farmacia abierta. Yo proseguí hacia mi casa. Doce cuadras debía recorrer entre ida y vuelta para encontrarme de nuevo frente al agua que me separaba de la casita donde me esperaban. Era un torrente pardo oscuro que arrastraba maderas, plantas, animales muertos, botellas, latas y todo lo que contiene un basural. ¡Y yo tenía que vadearlo, y pronto! Rogué:

-Señor, tú sabes que me necesitan. ¡Ayúdame a cruzar!

Levanté la vista, y vi acercarse algo que, más que un camión, parecía una lancha, por el ímpetu con que desplazaba el agua. ¡Y cómo rugía el motor! Pensé: "Si ésa es la contestación a mi ruego, el conductor me verá y cruzará la calle sin que se lo pida."

Al enfrentarme, el chofer bajó el vidrio de la ventanilla, asomó la cara, y al ver mi apuro, dijo:

-¿Quiere que la cruce? Espere que dé la vuelta, porque de este lado no puede subir.

Por un instante pensé en todos los asaltos y raptos que se suceden cada vez con más frecuencia en las grandes ciudades, pero luego deseché la idea y pedí perdón a Dios, siendo tan visible la respuesta a mi necesidad. El hombre maniobró su tremendo vehículo, lo arrimó a la vereda, y me metí en la cabina chorreando agua. Me avergoncé:

-Le mojaré el asiento; no puedo evitarlo.

-Oh, no importa; más mojado está afuera -bromeó.

-Acepto su bondad porque debo llegar a esa casita con urgencia. Una enferma me espera. Le agradezco de todo corazón, señor. No sé cómo me hubiera arreglado sin su ayuda.

-No es nada. Ha sido un placer. Que le vaya bien, señorita.

Cumplí felizmente con todo lo que el médico había indicado, viendo al fin aliviada a la enferma y a sus familiares. Esa tarde, cerrada ya la noche, tuve que cruzar por cuarta vez la misma calle, y al regresar a casa, en medio de la persistente lluvia, con frío, en medio del lodo, de nuevo me asaltó el mismo pensamiento: "¿Será posible que los centenares de familias que forman este vecindario, estén recogidos en sus hogares, cómodos y abrigados, mientras yo, como una tonta, corra de acá para allá, 'por amor al arte', sin ganancia de ninguna especie, por contestar el llamado de una ancianita enferma? Y al fin, ¿cuánto podré hacer yo para cambiar su situación?"

Entonces, como escritas con letras de fuego "vi" las siguientes hermosas palabras que muchas veces me alentaron: "Pasarás por este mundo una sola vez. Por lo tanto, cualquier bien que puedas hacer, cualquier bondad que puedas demostrar a un ser humano, hazlo ahora. No lo difieras, ni lo descuides, pues no pasarás por este camino otra vez." Y seguí dialogando conmigo misma: "Tengo muchos motivos para obrar así. Siento esta vocación; por eso la escogí. ¡Ay de mí si no cumpliera con amor y devoción este deber humano!"

Y entonces surgió en mi mente una imagen, allí mismo, en la calle oscura e inmundada. Yo la vi como la había visto muchísimas veces. Crecí recibiendo su ejemplo digno de imitar. Ejemplo de abnegación y servicio al prójimo. Y las raíces que plantó en mi corazón no quiero que nada ni nadie las arranque. Quisiera ser como ella.

Me parece verla aquella noche cuando yo tendría sólo siete años y la numerosa familia se disponía a dormir. Ya los niños habíamos observado impresionados la soberbia tormenta cargada de electricidad, viento y lluvia. Bajo la galería de la casa de campo, a la luz de los relámpagos, mirábamos los campos inundados que nos rodeaban, como un inmenso espejo líquido.

-A la cama, a la cama -nos urgió mamá.

-Es temprano todavía; déjanos mirar un poco más la tormenta.

-No, ya es hora de acostarse; además, bien saben lo peligroso que es estar afuera cuando caen tantos rayos. ¡Vayan adentro!

En ese momento, el estruendo de un rayo nos dejó mudos y pálidos a todos.

-¿Dónde habrá caído? -se atrevió a preguntar alguien.

-Donde sea, vayan a la cama -ordenó mamá-; ¿vieron el peligro que trae esta tormenta? Corrimos todos, con la excitación propia de los que gozan y al mismo tiempo temen algo de tal magnitud. No bien estuvimos bajo las frazadas, disfrutando la tibieza de la cama en esos breves momentos antes que nos venciera el sueño, oímos: ¡Clap, clap, clap! Y seguidamente:

-Con permiso. Por favor, señora Adela, en casa cayó un rayo que echó por tierra a papá, a mamá y a Nilda, la cual está muy mal. Le sale espuma por la boca y parece que se muere. No sabemos qué hacer. ¿Puede venir a ayudarnos?

Era la voz agitada de un vecino nuestro, todavía adolescente. Le costaba hablar. Había corrido más de un kilómetro en medio del barro y la tormenta, y tenía la cara pálida como un muerto.

Los chicos saltamos de la cama al oír esto. La curiosidad y excitación nos vencía:

-¿Qué pasó, qué pasó, Goyo?

-¿Irás, mamá, con esta lluvia?

-Tranquilos todos. Vuelvan a la cama. Nadie necesita afligirse. Goyo me acompañará y los ángeles nos cuidarán.

Goyo se sentó un momento a descansar mientras mamá se preparaba para afrontar la tormenta espantosa: capa, botas, linterna, y un palo fuerte que hiciera de báculo para no caer en el lodo.

Goyo era fuerte y robusto, pero mamá... ¡tan pequeña y frágil! Su fortaleza residía en su voluntad, decisión y perseverante amor por todos.

Aunque yo era niña, sabía a qué se exponían, mayormente mamá, que sufría diversas dolencias, las que olvidaba cuando otros requerían su atención. Y eso ocurría con mucha frecuencia...

Los vimos salir tragados por la oscuridad y el vendaval. Quedamos con el corazón en suspenso, y elevamos una fervorosa oración. Rendida, al fin me dormí. No los oí regresar. Cuántas horas pasaron, no lo sé; pero una buena parte de la noche mi madre hizo cuanto estaba a su alcance y en su conocimiento, hasta que vio volver la vida y el bienestar en el hogar afectado. Según nos relataron luego, el viaje de ida fue tremendo: los rayos caían alrededor de la pareja indefensa, como si fueran saetas. Mamá resbaló muchas veces, pero volvía a correr. La lluvia, cerrada como un cortinado, impedía ver el sendero, a pesar de la luz de la linterna. En realidad, los relámpagos les indicaban mejor el camino. Había trechos tan inundados, que era como si cruzaran pequeños lagos. Pero ellos seguían sin demora, con angustia, por socorrer a los que estaban en peor situación que la suya. No, no era una pareja indefensa. No marchaban solos. Y ningún rayo mortal podía dañarlos. Esa era la confianza de mi madre.

Con este recuerdo que infunde anhelos de emulación, ¿podía sentirme víctima o heroína? Y no fue éste el único que se me presentó vívidamente a la memoria, en esa tarde invernal...

También aquella ocasión cuando esa frágil mujer, acompañada sólo por un hombre afligido, la vida de cuya esposa peligraba, allá, a más de una legua de distancia, tuvo que cruzar a media noche, en un botecito, un arroyo desbordado y torrentoso, y llegó a tiempo para ayudar a salvar la vida de una madre de once hijos. Y luego de pasar la noche con ella regresó para reanudar las innumerables tareas propias del hogar...y cuando nos dejó solos, haciéndonos mil recomendaciones, y pasó el día entero al lado de un niño intoxicado y moribundo, hasta verlo libre de peligro... y cuando llevó a nuestra casa, para cuidar mejor de él, a un pobre niño atacado de paludismo, conociendo el peligro que representaba para sus propios hijos. Y fue tan cuidadosa que a ninguno se le transmitió la temida fiebre... y cuando el médico de la amplia zona la felicitó por su acertada actuación en muchos casos, y ella con humildad atribuyó toda la honra a Dios que le dio sabiduría y amor.

¿Podría ella, mi madre, aprobar un desaliento mío, aunque fuese leve? ¿Vería como tal lo que yo llamaba "sacrificio"? Ante ese ejemplo de abnegación, ¿no era una vergüenza compadecerme de mí misma?

Ella ya no está para reprobar o aprobar mi vida de sencillos servicios al prójimo, pero los principios de amor y desinterés que inculcó en mi vida, por su prédica y su ejemplo, me guiarán siempre. Y pareceme oír su voz, en uno de esos momentos difíciles: "Muy bien, hija; hay Uno que lo ve todo. ¡Es tan corta la vida! Úsala en bien del que te necesita, y jamás te pesará".

¿QUIÉNES SON SUS GUARDAS?

Un maestro y su esposa habían recibido un llamado para ir como misioneros a las Indias Orientales Holandesas. Sabían que era un lugar peligroso. Dos hombres blancos que habían ido allá habían sido muertos. Pero después de pensar y orar al respecto, sintieron la convicción de que debían ir para enseñar a aquella gente acerca de Jesús.

Cuando el barco que los llevaba llegó a la costa de la isla, los nativos miraron a estos blancos con odio. No podían hablar el idioma de los misioneros, pero les hicieron unas señales que el maestro y su esposa comprendieron. Los nativos querían que se retiraran de su isla.

Pero los misioneros habían ido para trabajar en favor de esta pobre gente. Así que no se fueron.

Algún tiempo después, cuando el misionero estaba una mañana sentado en un banco delante de su casa, uno de los nativos llegó y se sentó a su lado. El misionero ya había aprendido a hablar la lengua nativa, así que los dos conversaron juntos acerca de distintos temas.

Finalmente el nativo dijo: “Maestro, quiero pedirle algo”.

“¿De qué se trata?” preguntó el maestro.

“Yo quisiera ver a sus guardas”, contestó el nativo.

“¿De qué guardas estás hablando?” preguntó el hombre blanco.

“De los guardas que Ud. coloca alrededor de su casa por la noche”, explicó el hombre.

“Yo no tengo guardas alrededor de mi casa —insistió el misionero—. Sólo tengo un pastorcito y un pequeño cocinero, pero ellos no servirían para guardas”.

El nativo no estaba satisfecho. Sus ojos parecían decir: “Ud. no me puede engañar a mí, porque yo sé bien lo que digo”.

Pero solamente pidió permiso para mirar adentro de la casa a ver si podía encontrar a los guardas.

El nativo registró cada pieza, cada rincón y hasta debajo de las camas y las mesas. ¡Qué chasqueado estaba!

El misionero preguntó: “¿Por qué creías que había guardas en mi casa?”

Entonces el nativo le relató esta historia: “Cuando Ud. llegó acá, nosotros estábamos muy enojados. No queríamos que Ud. viviera entre nosotros porque no le teníamos confianza. Pensábamos que quería quitarnos nuestra isla. Así que vinimos con nuestros cuchillos con el plan de matarlos a Ud. y a su esposa. Una noche, cuando un grupo de nosotros llegó cerca de su casa, vimos dos hileras de guardas con espadas brillantes. Tuvimos miedo de entrar en su casa, así que regresamos. Noche tras noche vinimos a su casa, pero siempre hallamos a los guardas cuidándola. Todavía no nos dimos por vencidos, así que contratamos al hombre más cruel de la isla para que los matara. Él caminó delante de nosotros empuñando atrevidamente su gran cuchillo. Cuando llegamos cerca de su casa, todos nos detuvimos y lo dejamos a él seguir adelante. Pero en pocos momentos regresó corriendo y dijo: ‘No voy a arriesgar mi vida cruzando a través de esas dos hileras de hombres grandes y fuertes. Están allí parados con sus espadas que brillan como fuego’.

“Entonces abandonamos el plan de matarlo —continuó el nativo—. Y ahora, dígame dónde están esos guardas”.

El misionero entró en la casa y regresó con la Biblia. “Este libro —dijo—, es la Palabra de nuestro Dios. En ella hay promesas de que Dios nos guardará y protegerá. Nosotros creemos, y por eso no necesitamos ver a los ángeles que Él envía para cuidarnos. Pero Uds. no creían, así que el gran Dios del cielo les hizo ver sus ángeles para que pudieran aprender a confiar en Él”.

¿QUIEN GANO?

Por **Lucila Clemenson**

BEATRIZ y Lorenzo se sentaron a la sombra del arce que estaba en el patio del niño. Lorenzo le mostró a Beatriz una página del diario.

-¡Una exposición de animales! -leyó Beatriz en voz alta-. ¡Oh, Lorenzo! ¡qué divertido! Y dice que habrá jueces que decidirán cuál es el mejor. Yo inscribiré a mi pato.

-¿Tu pato? -se rió Lorenzo-. Tú nunca conseguirás que tu pato desfile en la exposición. Es un pato. No lo puedes vestir ni puede hacer ninguna gracia. Nunca ganará un premio.

Beatriz se puso de pie de un salto.

-¡Tú eres malo, Lorenzo! -y echaba chispas por los ojos-. Mi pato estará en la exposición y... y tú verás. ¡Ganará un premio!

Beatriz cruzó el patio corriendo, pasó por el portón y se fue a su casa.

El pato salió a su encuentro anadeando. "Cuac, cuac", la saludó extendiendo las alas y agitándolas. Siempre hacía eso cuando se excitaba.

Beatriz se arrodilló al lado de su patito y le acarició las plumas brillantes del cuello y del lomo. El pato se quedó quieto y le respondió con ciertos soniditos muy divertidos.

"¡Ese Lorenzo!" explotó Beatriz.

El pato parpadeó.

"Voy a inscribirte en la exposición-", siguió Beatriz, retorciéndole suavemente las plumitas rizadas de la cola. Luego se dirigió a la casa.

-¡Mamá! ¡Mamá! -llamó.

-Aquí estoy, querida -respondió la mamá acudiendo a la cocina-. ¿Por qué tanta bulla?

-Mamá, el domingo que viene habrá una exposición de animalitos y yo inscribiré a mi pato. El ganará.

Ese Lorenzo dice que el pato no puede desfilarse, pero yo le mostraré que puede. El es un muchacho malo. Los muchachos son fastidiosos -afirmó Beatriz, estampando el pie en el suelo para recalcar lo que decía.

La mamá no respondió. Se puso el delantal, tomó algunas papas del cesto, y comenzó a pelarlas.

-¿Me oíste, mamá? -preguntó Beatriz un poco disgustada.

-Sí, querida, te oí. Siento que tú creas que Lorenzo es malo. Desde que ellos se mudaron aquí, Uds. han sido buenos amigos. De hecho, si no fuera por Lorenzo, no tendrías el pato. Recuerda que fue su abuelita quien te lo dio cuando era un patito.

-Y ella también le dio a Lorenzo su cabrita -interrumpió Beatriz-. Pero después de la forma en que hoy se portó, no me importa.

La madre se quedó mirando a Beatriz hasta que ésta se sintió incómoda. -¿No sería más divertido que tú y Lorenzo inscribieran juntos sus animalitos?

-No, después de lo que él dijo, mamá. Me parece que él piensa inscribir a la cabrita y obtener el premio.

¡Yo le mostraré! -agregó Beatriz y corrió afuera.

En el patio de Lorenzo no se veía a nadie, pero después de unos instantes él salió de la casa con su madre. Los dos subieron al automóvil, y se fueron. Beatriz se sentó en el escalón del porche de atrás, con el mentón entre las manos, preguntándose qué podría enseñarle al pato, o cómo podría vestirlo. No se le había ocurrido aún ninguna idea cuando la madre salió y anunció que tenía que ir al pueblo. Le dijo a Beatriz que si ella quería podría acompañarla, e inscribir al pato.

Allí, cerca de la municipalidad, había varios niños que esperaban en una fila. Uno de los muchachos que estaba adelante se dio vuelta, y Beatriz vio que era Lorenzo.

Cuando él terminó de inscribir a su animal, y pasó junto a Beatriz, ésta sacudió sus trencitas y miró a otro



lado.

Cuando Beatriz regresó a la casa, comenzó inmediatamente a entrenar al pato para que la siguiera y se detuviera cuando ella se lo decía. Pero eso era una tarea imposible, porque cuando quiera que el pato veía un insecto o un gusano, se detenía para comerlo.

Beatriz notó que Lorenzo estaba en su patio con su cabrita. Todos los días le peinaba y le cepillaba su pelo áspero. Le lustraba las pezuñas y los cuernos y la hacía caminar a su lado mientras la llevaba por la correa atada al collar. Beatriz notó que Lorenzo le ponía moños rojos en los cuernos. "¡Va! -sacudió la cabeza-. Lorenzo está pavoneándose".

Durante toda la semana Beatriz y Lorenzo se quedaron en sus propios patios con sus animalitos. No se hablaron, y cuando en una oportunidad Beatriz lo sorprendió mirándola, ella sacudió la cabeza, tomó su pato, y se fue al otro lado de la casa.

Por fin llegó el día de la exposición y del desfile. Beatriz se levantó tempranito para preparar a su pato. Nadie parecía moverse en la casa vecina. "Es raro que Lorenzo no esté allí pavoneándose con su cabrita", le dijo Beatriz al pato.

Y aun cuando la cabra baló, nadie salió de la casa.

Beatriz entró para desayunar, y oyó que la mamá hablaba por teléfono.

-¡Oh, lo siento! -dijo la mamá-. El perderá el desfile.

-Era la mamá de Lorenzo -dijo la madre de Beatriz poniendo la leche sobre la mesa-. Lorenzo está enfermo. No podrá ir al desfile.

"Eso significa que la cabrita no estará en el desfile; el pato no tendrá que competir con la cabra", pensó Beatriz, pero ese pensamiento no la hizo sentirse feliz. Lorenzo había trabajado mucho para preparar a la cabrita. Sabía cómo se sentiría ella si no le fuera posible ir.

"Bueno, no tendría que haber sido tan malo", le dijo Beatriz al pato mientras le daba maíz.

La cabrita llamó: "Baa. . ." como si se sintiera sola, le pareció a Beatriz. De pronto Beatriz abandonó su patito, y corrió a la puerta de atrás de la casa vecina. Cuando la mamá de Lorenzo acudió a la puerta, Beatriz le dijo algo; luego corrió hasta el corral donde estaba la cabrita, la cepilló y le lustró las pezuñas hasta que quedaron bien brillantes. Le puso en los cuernos las cintas rojas que colgaban en el cobertizo; luego le acomodó el collar, y le prendió la correa y la condujo a su patio donde esperaba el pato.

"Ven, vamos al desfile", le dijo al pato.

La madre salió de la casa y sonrió a su hija. Caminaron por la vereda hasta llegar al parque donde ya se habían reunido muchos niños con sus animalitos. Algunos de los animalitos estaban vestidos con disfraces muy divertidos. Algunos sabían hacer pruebas. Beatriz se preguntó si con tantos competidores le tocaría algún premio al pato.

El hombre que estaba detrás del escritorio y que verificaba las inscripciones miró la tarjeta de Beatriz.

-Tú inscribiste un pato pero no una cabra -dijo.

Beatriz le explicó que la cabra pertenecía a Lorenzo, quien estaba enfermo. Antes de que pudiera decir más, sonó el pito para que los animales se alinearan y el desfile comenzó, pasando delante de los jueces.

Las dos niñas que iban delante de Beatriz habían entrenado muy bien a sus animalitos. Una tenía un perro de lanas que danzaba con sus patas traseras. Llevaba un pompón en la cabeza. Seguramente que ese perro ganaría el premio. La otra niñita tenía una cotorrita. Cuando pasó frente a los jueces, les dijo:

"¡Hola!" Y luego agregó: "Soy una niña azul, ¿quién es Ud.?"

En el momento en que le tocaba a Beatriz pasar frente a los jueces, sonó una bocina. El pato comenzó a agitar las alas. La cabrita dijo:

"Baa. . .". Luego el pato dio dos o tres pasos muy divertidos, y voló, posándose sobre el lomo de la cabrita. Y allí se quedó mientras pasaron frente a los jueces. La gente que miraba los aplaudió.

Cuando terminó el desfile, los jueces conversaron entre sí y luego uno de ellos anunció:

-Beatriz Dennley, tú has ganado el primer premio con el pato y la cabrita. Tus animales actuaron muy bonito, y creemos que hiciste una buena acción al ayudar a tu vecino.

Beatriz apenas podía conseguir que la cabrita y el pato regresaran a la casa con la rapidez que ella quería.

-Dígale a Lorenzo -y casi le faltaba el aliento para hablar con la mamá de éste-, que la cabrita y el pato ganaron juntos. Estoy segura de que solos ninguno de los dos hubiera ganado.

La mamá de Lorenzo le sonrió.

¿Quién ganó?

-Se lo diré -dijo-. Pero, ¿sabes? Yo creo que tú fuiste la verdadera ganadora.